

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

El evangelio que cierra la fiesta pascual termina diciendo: «Estos (signos) han sido escritos para que creáis» (Jn 20,31); no dice: para que los convirtáis en asignaturas de teología y exégesis, sino para que los creáis. La resurrección es un hecho que tuvo testigos. Cambió el mundo y nació la iglesia porque alguien los creyó no porque la resurrección fuera demostrada científicamente - aunque hay quien lo intenta-, sino porque fue proclamada con poder, pues iba avalada con jugarse la vida los que “ayer” eran unos cobardes.

«Si proclamas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás» (Rm 10,9). Por tanto, la **salvación** depende de la **fe en la resurrección**. ¿Qué significa “*salvarse*”, hoy que todo el mundo confunde salvación con salud?: **que también el hombre resucita** cuando cree en el poder de Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos» (cf. Col 2,12). San Agustín comenta: «Mediante la pasión, el Señor ha pasado de la muerte a la vida, abriendo el camino a los que creemos en su resurrección, para pasar también nosotros de la muerte a la vida». **Hacer la Pascua**, es decir, pasar de la muerte a la vida, significa creer en la resurrección ¿cómo se consigue la fe y de dónde se saca? La contestación de san Pablo está muy clara: «**La fe surge de la proclamación**» Y LA PROCLAMACIÓN SIEMPRE ES EN ASAMBLEA. Sin la Iglesia no hay nada más que buenos pensamientos (Rm 10,17). Pero si la fe procede de la escucha, ¿por qué **no todos los que escuchan creen**? San Pablo lo dice, porque «**no todos han obedecido** a la buena nueva» (Rm 10,16).

Hablábamos del silencio de Dios en el sufrimiento del viernes santo: “la resurrección de Jesús es el grito con el que Dios rompe su «silencio». El **verbo preferido por** los autores del Nuevo Testamento para expresar el acontecimiento de **la resurrección es el verbo «despertar»** (egeiro).

Pascua es el *dies natalis* de la vida nueva para el cristiano, la esperanza cristiana. La **palabra «esperanza»** no se encuentra en los evangelios. Estos hablan mucho de fe y caridad, pero de la esperanza, solo **después de la Pascua. San Pablo define a Dios** como «el Dios de la esperanza» (Rm 15,13), porque Cristo, al resucitar, ha creado el objeto real de la esperanza: existe vida después de la muerte. Él ha abierto una brecha en el terrible muro de la muerte y por ahí ya todos podemos entrar.

DOS ERRORES cometemos sin darnos cuenta, al pensar que creer es algo que depende de nuestra susceptibilidad para ser convencidos por la imaginación, por lo que deseáramos. Nuestra endeble fe y nuestros miedos nos hacían tener “expectativas de salvación”, de no ser seres para la muerte, y la confundíamos con la salud, el vigor y por eso la “religión” que “creábamos” trataba de postular, **justificar y demostrar la resurrección de Cristo**.

Y el segundo error es centrarnos sin saber lo que decimos en ¡“resucitó «por nosotros»” !, o «por nuestra esperanza» del mismo modo que el viernes dijimos que “murió por nosotros” para nuestra justificación. En ambos casos sustituimos al acontecimiento “murió” y «resucitó» por una mística del deseo de no sufrir y pasar de puntillas por la muerte directamente al cielo. Parecería que no es del acontecimiento de la muerte o del de la resurrección de lo que brota o sobre lo que descansa nuestra esperanza, sino que nuestra esperanza es una mera expectativa derivada de nuestros miedos y deseos de no sufrir la que postula la idea de resurrección.

Pero es justo lo contrario. Es que *murió por nosotros* porque nosotros estábamos allí gritando en el patio de Pilato: “crucifícale”, por eso murió por nosotros porque al mismo tiempo estaba diciéndole al Padre: “perdónales, no saben lo que hacen” acepto su locura y la carga sobre mis espaldas.

Y es justo lo contrario porque también nosotros estábamos allí por la mañana viendo la piedra del sepulcro descorrida. Porque habíamos ido a ver el cadáver, pero vimos a un jardinero, a un ángel o al mismo Cristo que nos anunciaba “id a Galilea, que allí me veréis”. Es decir, volved a vuestra vida cotidiana que en ella me iréis viendo.

Testigos presenciales de dos acontecimientos sin magia, sin superstición, sin religión constituida a base de nuestras propias proyecciones, sin ídolos. Muerte y resurrección fundamentan nuestra esperanza en la salvación porque estábamos allí, aquí. Y pongo el énfasis en el *estábamos*, porque el testimonio de la muerte y de la resurrección es **en iglesia**: unos lo ven, se lo cuentan a otros, y luego todos esperan encerrados la irrupción del resucitado en el cenáculo.